

ningun rico, porque el dinero por sí poco contento ni sustento da. Pues de las cosas que hay que le den en esta vida, los pobres son los que mejor las gozan; el cielo, tan grande, tan alto, tan hermoso, mejor le gozas tú que el rico, que, metido en sus negocios, tratos y ocupaciones, no le goza tanto ni tan bien como tú, á quien él ni nadie le puede estorbar; y así, el sol tan hermoso, las estrellas, el aire tan puro cuanto él no le goza, que esa ventaja tienen los que labran los campos, caminan los caminos, etc., á los ricos, que en sus casas grandes, en juegos, en banquetes, durmiendo hasta medio día no pueden gozar ni con tan limpios ojos como los pobres; que la demasia de comidas y bebidas los tiene ciegos, y vive el pobre con mas atencion que quien tiene el corazon en tantas partes repartido. Pues si dices que él tiene mucha abundancia de trigo, cebada, vino, aceite, vestidos, camas, etc., dime, ¿cuántos cuerpos tiene que vestir? Y si no tiene mas de uno, como tú, no tendrá mas de un vestido, y ese tienes tú, y te basta; no tiene el rico muchos estómagos, sino uno, y al cabo del año ha comido el tuyo lo que le basta; ni puede comer mas pan que tú, aunque tenga mas; antes menos, porque aquella superfluidad impide al sabor, á la digestion y á la salud; y al fin, el que tiene muchas riquezas muchos tiene que las coman, como dice el Sabio; y si tienes envidia de sus deleites, mas te la tiene él á tu salud; que así como una fuente encharcada, llena de estiércol, de palos y piedras y perros muertos, etc., no es agradable á la vista ni á ningun otro sentido, siendo la fuente clara, que corre, enviando su arroyo, haciendo trenzas y otras hermosas labores, por el prado adelante; esa diferencia va de la demasia y glotonería y regüeldos del rico al natural sustento del pobre, que para la salud y para el contento no se puede el rico sufrir á sí mismo, y en el pobre el curso natural de la naturaleza es para todo agradable; si no, dígame uno de los ricos, ¿para qué fueron dados los mantenimientos? Para tener y conservar la salud ó para perdella? Para vivir sanos ó enfermos? Pues ¿cómo buscas lo contrario deste fin? Dice Séneca á Lucillo, su amigo: Nuestros fuéramos si estas cosas no fueran nuestras; y luego dice al mismo Lucillo cómo alcanzó él esta libertad. Vivo, mi Lucillo, desocupado, y do quiera que me hallo soy mio, y no me entrego á las cosas dado, sino prestado; que el entregarse es como hacerse esclavo, y el prestarse es para poco tiempo, solamente por necesidad, y volver luego á sí como restituído. Y en otra parte dice el mismo Séneca: Si quieres vivir segun opinion, nunca serás rico; si segun lo que naturaleza pide, nunca serás pobre; porque la opinion nunca se ve harta, pero la naturaleza con poco se contenta. El cual concepto levanta san Cipriano con lo que dice que decia Sócrates, que cuanto con menos cosas te contentares, tanto mas te parecerás á Dios, el cual vive contento con sí solo. Pues á esta cuenta no hay que enfadarse con la pobreza ni desear la riqueza, porque el verdadero rico no es el que la tiene, sino el que con prudencia la desprecia, conservando con lo bastante y necesario su salud. Pero estas razones, las mas dellas son de tejados abajo, como dicen; pasemos á otras de mas importancia.

§. II.

Del consuelo contra la mesma pobreza por el bien del cielo que nos acarrea.

Todo lo hasta agora dicho es al fin consuelo terreno y filosófico, que, comparado con el que del cielo le convida al pobre, no se puede llamar consuelo, para el cual es necesario que la pobreza sea voluntaria, y si al principio no lo fué, padecella desde luego de voluntad, deseando que mediante ella y por ella se cumpla en tí la voluntad de Dios, porque la pobreza que no mora en la persona desta manera y con este deseo y determinacion, no podrá alcanzar el consuelo que en este párrafo se promete; pero al que así la tiene, Dios por una parte prometió el reino de los cielos al pobre de espíritu, que es pobre de voluntad, del cual dice que es bienaventurado, porque suyo es, no dice será, sino desde luego es, el reino de los cielos, por el contento que desde luego comienza á gozar. Esta promesa es ya de gente hecha y salida de mantillas; que las que antiguamente hacia Dios á los del pueblo eran de niñerías, como á niños debajo de su ayo, que era la ley, como san Pablo dice; pero ya con cosas mas sólidas sustentá á los suyos. Y así como el que edifica una casa no cura de labrar ni acepillar las maderas que en los sótanos y caballerizas han de poner, sino así groseras con su corteza, porque así están mas fuertes, y él por otra parte no las ha de mirar ni gozar; pero en los aposentos altos donde él ha de tener su habitacion, no solo quita la corteza á la madera, pero aun del mismo corazon quita mucho, labrándola y acepillándola y puliéndola porque ha de estar siempre en su presencia. Así Dios á los ricos que viven en la tierra dados á sus apetitos y que han de ser maderas de la fábrica del infierno, no cura de quitarles nada de lo que ellos buscan de los bienes de mundo; pero á los que ha de subir al cielo á que vivan para siempre en su presencia, les quita, no solo la corteza, que es lo superfluo, pero aun del corazon les quita muchas cosas porque vayan allá pulidos y labrados; lo mismo se hace en las piedras de la cantería, y lo uno y lo otro se labra y desnuda con gran trabajo y dolor.

Demás y allende del reino de los cielos, les promete Dios en esta vida gran consuelo en el alma; lo cual, aunque en el lugar alegado lo dice tambien cuando dice que suyo es el reino, y no dice que lo será, sino que lo es desde luego (por lo cual entiende el gran contento con que el pobre pasa su vida, que á los ojos que lo ven parece triste y miserable); pero tambien lo uno y lo otro dice en otra parte, que el que por su nombre y por el Evangelio se desposeyere del padre, madre, hijos, hermanos ó hacienda, que, tras alcanzar en trueque la vida eterna, tendrá en esta ciento tanto de lo que de su voluntad se despoja y priva; lo cual se entiende del interés que de todo recibia y el contento, aunque san Márcos parece decirlo en particular de padre, madre, hijos, hermanos y casas, como suena tambien; pero del consuelo interior del ánima lo entienden san Jerónimo y otros principalmente. Pues si tú vieras consolado con la posesion de la hacienda del rico, ciento tanto lo vivirás mas con tu pobreza si de voluntad la tienes por amor de tu Dios, de donde queda la pobreza con consuelo de á ciento. Pues ¿qué mas quieres si sabes arro-

jar esa pobreza en las manos de Dios, y sufrilla y desealla y gustar della porque él gusta? Bien creo que esta consideracion bastara, no solo para padecer con paciencia y alegría la falta de bienes temporales, mas para arrojallos y aborrecellos, pues nos impiden el gozar de tanta gracia como es la deste contento del cielo, mayormente siendo de contado, sin que por todo él esperemos á la otra vida; pero los hombres no querrian el contento tan confuso, sino distinto, cada cosa por sí. Quiero decir que no querrian trocar contento de casas por sí, viñas por sí, riquezas y tesoros por sí, hijos por sí, etc., con el contento, aunque sea mayor, que no está distinto, sino junto, en el corazon; en lo cual parecen á los israelitas, que, con ser manjar tan precioso el maná y aun saberles á lo que querian distintamente, murmuraban, y no gustaban de comelle, y acordábase su deseo de los pepinos y de las ollas de Egipto, que solo tenían de ventaja el parecer, porque lo demás en su mano y voluntad estaba el saberles al sabor de aquellas comidas; lo cual era gran disparate. Así son los que el gusto tan aventajado tienen por menos que el que reciben, con ser menor, con las cosas de que se ven desposeidos, en que dan á entender que solo son amigos de exterior vanidad, pues en lo interior es tan aventajado lo que desechan; y así, son mas amigos del parecer que del ser. Pues si tú, siendo pobre del mundo, te haces pobre de Cristo, siguiendo su pobreza de tu voluntad por su amor, haz de fuerza virtud, y hallarás consuelo colmadísimo para tu pobreza, y no solo para ella, sino para los trabajos que la acompañan, no solo los que della tienen su principio, sino de todos, pues dice un evangelista que le darán ciento tanto aun en compañía de sus trabajos.

DISCURSO VII.

Del consuelo en el trabajo de la enfermedad.

Gran mal parece que trae consigo la pobreza, pero mayor es sin comparacion el de la enfermedad; porque, considerada cada una dellas sin la otra, al fin el pobre no siempre siente su trabajo, sino á tiempos, y para él tiene fácil el remedio y mas á mano y cierto; pero la enfermedad está continuamente fatigando, y algunas veces todo el cuerpo, como una calentura, con que hay dolor en la cabeza, en todos los huesos y coyunturas, el estómago revuelto, el hígado encendido, la lengua seca y todo el cuerpo desasosegado; júntese con esto la flaqueza para sufrillo, el hastio de comer y el enfado de los remedios, la prolijidad dellos, el amargor de jarabes y purgas; tras esto el encerramiento, los grillos para no salir, cesar los negocios de importancia, todo viene á menos; y sobre esto, el sobresalto de en qué ha de parar la enfermedad, porque el mal es cierto y peligroso, el remedio incierto, los yerros ordinarios, el médico adivina y procede por conjeturas, y muchas veces se engaña en ellas, y otras en la aplicacion, donde es necesaria prudencia y sciencia; el boticario lo trueca, las medicinas estas suelen ser añejas, el barbero por su parte no todas veces acierta. ¡Cuántos yerros destos cubre la tierra cada día! El gasto doblado, sin que luzga la mala vida de los de casa, las malas noches

de unos y otros, etc.: no me espanto que se melanco-lice un hombre con tal tropel de males.

Muchos consuelos nos dejó el que ordenó la enfermedad para nuestro bien, pues junto con ella crió muchas medicinas; como el Sabio dice: Promete grande premio para el que curare y consolare al enfermo, y no menores amenazas al que le desamparare, pues el día de la cuenta eso expresamente entra en el cargo. Pero dirémos aquí algunos consuelos, y sea el primero, que en la enfermedad particularmente tenemos una lición de cuáles serán las penas del infierno, que esta pedía el rico que fuese á dar Lázaro á sus hermanos. Contentóse Dios con dejarnos enfermedades para conjeturar de allí, aunque con mucha desigualdad, qué tales debben ser aquellas penas, que para dejar de pecar basta cualquiera dellas, imaginándola sin fin, por pequeña que sea, pues solo estar en una cama, aun sin enfermedad, eternamente y aun cuarenta años parece intoterable. Una mujer, estando pariendo con gravísimos dolores, acordándose que habia oido decir que allí (esto es en el infierno) los dolores eran como de parida, dijo que no sabia cómo los hombres tenían manos para pecar, habiendo para el pecador tan terrible pena como ella entonces padecia. Esta consideracion es provechosisima, la cual algunos siervos de Dios suelen hacer aun sin enfermedad cuando no la tienen, poniendo el dedo en el fuego cuando se les ofrece alguna ocasion de consentir en un pecado, para poner allí junto la pena infalible que vendrá por cada pecado mortal, con ser tan poco dolor, comparado con el que en el infierno se padece, aunque en sí es grande; de donde cuentan autores graves por grande hazaña la de un paje del rey Alejandro, que, teniéndole en la mano una vela estando él escribiendo ó leyendo, por no caer en falta se dejó quemar un poco los dedos, y por no mostrar algun movimiento indigno de la majestad del Rey. Item, hazaña de Mucio Scebola cuando puso el brazo á que se quemase; ¿cuánto mayor hazaña es la del pecador si considera lo que le espera, etc.? ¿Qué será sufrir lo que con esto no tiene comparacion? De manera que este consuelo puede tener, entre otros, el enfermo, que tiene una lición continua y un aviso ordinario de Dios en que lea de espacio y entienda por esta conjetura, como acá se puede entender, cuán graves son y cuán terribles aquellas penas, y cuán penosa y cansada aquella infernal y eterna cama con perpetuo dolor insufrible, sin enfermeros, sin regalos, sin médico ni esperanza de salud ni consuelo ni aun con la muerte, por mas que allí se desea, mientras Dios fuere Dios.

Lo segundo, considera cuando estás enfermo que estás en el cepo y grillos de Dios, que así como el que tiene el hijo travieso le encierra y á veces le echa prisiones, porque no haga fuera de casa travesuras, así á tu alma, porque no las haga, la tiene Dios aquí encerrada; si no, considera cuántas ocasiones te vienen fuera de casa, y en salud cuánto olvido tienes de Dios, y cuántos pecados te has ahorrado por estar en la cama, al cabo de la semana, y cuántas mas veces te has acordado de tus pecados y excusado otros, de que quizá después no te acordarás. San Pedro tuvo á su hija enferma, y preguntado de un su discípulo cómo permitía

que su hija estuviere tanto tiempo enferma, sanando él á otros muchos de sus enfermedades, respondió que así le convenia; y dice Marullo que esta santa en la enfermedad aprendió á amar la virginidad tanto, que después de sana mas quiso morir que casar con un pretor llamado Flaco, y así lo pidió á Dios y lo alcanzó. Así que, no solo se ha de sufrir con paciencia, pero desealla cuando se tome un hombre de su flaqueza en pecar, especialmente en pecados sensuales. San Pedro hasta asegurar la salud del alma le quitó la del cuerpo; asegura tú la tuya, y Dios te la volverá, y entre tanto dale gracias en lugar de desconsolarte; porque, como la carne y el espíritu sean enemigos, como san Pablo nos enseña, necesario es que lo que al uno aprovecha al otro dañe, y pues se ha de acudir al espíritu, no es dañosa la enfermedad que mortifica y adelgaza los brios y fuerzas de la carne. La flaqueza, dice un filósofo, flaqueza es, pero aviso de pobreza, enemiga de lujuria, y maestra de modestia; su importunidad te pellizca y amonesta, y te muestra el camino y te dice tu naturaleza, y te desengaña de tu vanidad y te lleva derecho á Dios, que solo es el remedio della; porque, que haya que no haya médicos ó medicinas, Dios es el que siempre sana, como David dice: El que sana todas tus enfermedades; y en la *Sabiduría* se dice que ni las yerbas ni emplastos sanaban á los del pueblo, sino Dios.

Muchos hubo que cuentan las historias que por estar enfermos se libraron de peligros y alcanzaron cosas cuales nunca estando sanos alcanzaron. Miliboset, hijo de Jonatás, escapó la vida, la cual perdiera con su padre, y sentóle David á su mesa, por estar cojo al tiempo de la guerra; san Francisco, primero que fuese perfecto, tuvo una gravísima enfermedad, donde lo aprendió á ser, como cuenta Marullo. Y Sergio, principe de Senogalia, mediante una gravísima enfermedad, vino á conocer cuán vano es el reino terreno, y á despreciarle y dejalle cuando convaleció y mudó la vida. De arte que no en balde dice el *Eclesiástico*: La enfermedad aguda al alma hace templada; y por la mesma vino á conocer su flaqueza con grande humildad Antígono, rey de Macedonia; otros salieron della doctísimos, como Hieron, tirano de Sicilia, Ptolomeo el segundo y Teages, segun afirma Platon y refiere Marco Marullo. Así que, si tantos provechos trae la enfermedad y tantos bienes, no puede desconsolarse con ella sino el que dellos fuere enemigo. Y por esta razon se lee de muchos santos que, haciendo muchos milagros cerca de la salud de muchas enfermedades, nunca quisieron salir de las suyas, como un monje Stéfano, de quien cuenta Sozomeno, y un Paulo, ermitaño, de quien Casiano y Nepociano, de quien san Jerónimo cuenta en su epitafio, y otras mujeres santas, Silvia, Galia, Elisabet de Seonangia, Aplaide y la bienaventurada santa Clara, y otros mil de quien cuenta Marco Marullo en el quinto libro, porque con los claros ojos que tenían con su santidad alcanzaban los provechos que de la enfermedad nacian, y los daños que se excusaban. Fuera de eso, dice san Pablo: Cuando estoy flaco y enfermo estoy mas fuerte. ¿Dirás cómo puede ser? A eso te respondo que el hombre tiene tres enemigos: demonio, mundo y la carne. Cuando la carne enferma y enflaquece tenemos al un

enemigo menos, el cual se pasa á la parte del espíritu, porque la carne enferma tira de la falda al espíritu y le esfuerza, y con esto quedan dos á dos á pelear, y esforzado el espíritu y debilitados sus dos enemigos, el demonio y mundo; y esto es lo que decia el Sabio, que la grave y aguda enfermedad corporal hace muy templada y fuerte el alma.

DISCURSO VIII.

De los consuelos particulares para los trabajos que vienen con la vejez.

Bien pudiera el trabajo de la vejez tratarse en el discurso pasado, pues ella no es otra cosa que una enfermedad continua incurable, solo difiere della por ser enfermedad de naturaleza; antes es un hospital de muchas enfermedades juntas, y tanto mas graves y penosas cuanto menos esperanza se tiene de escapar dellas sino con la muerte. Cuán grave mal sea este, y cuán necesitado de consuelo, Salomon nos lo da á considerar en aquel famoso sermón que hizo de la vanidad del mundo, donde, después que ha tratado de cuánta tienen todas las cosas dél, los errores de los hombres y los engaños de la gente moza, y cuán olvidados están de su Dios, remitiendo la cuenta con él (cuando algun día se acuerdan) para el tiempo de la vejez, cuando los pecados sean muchos y las fuerzas pocas; á la manera que un leñador, llevando cuesta arriba cuatro bestias cargadas, con gran trabajo reventando, si tomase por consejo descargarlas y echar la carga toda á la mas flaca dellas, para poder mejor salir con su camino. Así de cuatro edades procuran los hombres echar todo el trabajo de la conversion y penitencia á la pobre de la vejez, por vivir descuidados y descargados en todo el tiempo de la mocedad; pues considerando el Sabio, entre otros, este tan pestilencial engaño, dice al cabo en el último capitulo que se acuerden de su Criador antes de la vejez, porque no es edad para que para ella se libre cosa de tanto cuidado y trabajo, cuando estuviéramos ciertos de llegar á ella; y á este propósito pinta algunas de las miserias de aquella edad, que, por ser muchas y diferentes y muy oscuras metáforas, me pareció declarar aquí el capitulo, de cuya verdad no dudará nadie, por ser verdad del cielo, especialmente el que de lo que allí dice tuviera alguna experiencia.

§. I.

En que el Sabio declara los trabajos de la vejez.

El Sabio dice así: Acuérdate de tu Criador en el tiempo de tu juventud, antes que venga el tiempo, etc. (Acuérdate, dice, de tu Criador.) No dice de tu Dios, sino de tu Criador, porque nos vamos acordando de sus beneficios, cuyo principio fué la creacion, porque el ser agradecidos nos obliga á no ser olvidadizos. (En los días de tu juventud) dando á entender que para la memoria de que habla, que es por penitencia y buenas obras, son necesarias fuerzas de mancebo, y son flacas las del viejo. (Antes que venga el tiempo de la afliccion); que en su comparacion todo el tiempo pasado, aunque haya habido muchas, no puede decirse tiempo de afliccion, porque en comparacion desta no lo es, y en ella la hay sin cesar. (Y se acerquen los años

de los cuales digas que te desagrade el vivir); estos entienden cuando comienzan los achaques de la vejez; Porque, aunque Aristóteles y los filósofos dicen que comienza la vejez á los treinta y cinco años, pero aquí no la nombra por este nombre, porque hasta los cuarenta y cinco hay fuerzas, y no se comienza á sentir la falta dellas que acarrea la vejez; de manera que se entiende de cincuenta años adelante, y no tan puntualmente, porque, conforme á la complexion de cada uno, y al hilo de vida que hasta allí habrá llevado, podrá ser que á pocos mas de los cuarenta sea viejo ya, y pasados los cincuenta no sienta vejez; pero, aunque no podemos saber cada uno lo que será, cada uno puede entender lo que aquí quiere Salomon, venga cuando viniere: él lo llama el tiempo del trabajo y los años en que diremos que no hay día de contento; dice luego: (Antes que se oscurezca el sol, luna, y estrellas); no porque se han de oscurecer estos planetas á la vejez, que desta manera siempre estarian oscuros, pues siempre hay viejos, ó serian oscuros para unos y claros para otros, que es cosa imposible; sino entiéndese que por irse acortando la vista se le van oscureciendo al que se le acorta. Aunque bastaba ser tiempo de afliccion para entenderse cómo se oscurecen, como arriba queda dicho en el libro 6.º Y porque esta afliccion, como es dicho, es continua, por eso dice el sol y luna y estrellas, para dar á entender que la luz de día y la de noche habrá menguado en aquellos días. (Y vuelvan las nubes después del aguacero); por lo cual entiende las crudezas que por el poco calor del estómago se engendran en él, de donde suben á la cabeza unos vapores gruesos que la embarazan y oscurecen como nublados, y luego comienzan á correr reumas, y esto entiende por la lluvia ó aguacero, y destas que caen dentro vueltas á encrudecer, y de las nuevas crudezas tornan á subir nuevos vapores y á correr las reumas, y esta alternacion y sucesion llama volver las nubes después de la lluvia. (Cuando se alteraran las guardas y centinelas de la casa); que son los sentidos que Dios nos dió para conservar la vida y defendernos de los contrarios, guardándonos dellos, avisados de los sentidos, porque si no hobiera sentidos no pudiera un hombre guardarse si se quemara ó se cortara, ó topando un hoyo cayera: los cuales, enflaquecidos los espíritus animales, el cerebro resfriado y seco de su substancia, y allegados allí muchos excrementos y gruesos humores, es necesario que su influencia á los sentidos y otros instrumentos del movimiento del animal sea muy flaca, y los sentidos, que de sí no tienen virtud si no se la envian, hayan de hacer falta á su ministerio y alterarse; y lo mesmo es lo que dice, que temblarán los mas fuertes varones, que son las piernas y rodillas, porque tambien reciben su influencia y movimiento, para sustentar y mover el cuerpo, que por eso se llaman varones fortísimos, porque sustentan toda la carga del cuerpo del animal; y las piernas al tiempo de la vejez enflaquecen tanto, que sin un bordon de que se ayuden, como de otra pierna, no puede un viejo sustentarse, y á veces ha menester dos. De aquí nació la ceremonia del arrodillarse, para significar que se rinden las fuerzas, que en las rodillas están principalmente, y dellas comienzan á

faltar, y de allí á perderse. (Y estarán las molederas pocas y ociosas); estas son las muelas, que por haberse algunas entresacado con las reumas y flaquezas de la vejez, quedarán pocas en número y ociosas, porque por estar descarnadas y desacompañadas no podrán mascar la comida, porque se entra por las muelas que dejaron las que faltan, porque entre todos los miembros, los dientes y muelas, así como porque no estorben al mamar del niño, no nacen con nosotros, así no mueren con el viejo, antes se van mucho antes que él desta vida, porque con la flaqueza de las mejillas vienen á ser muy anchos los vasos de dientes y muelas y á secarse las raíces, y así á andarse y á salirse. Así que el poco servirse dellas hace menos cocimiento en el estómago, y al revés, del poco nutrimento del estómago vienen ellas á aflojarse y caerse. (Y oscurecerse han los que miran por los agujeros); después de haber dicho que padecerán alteracion las guardas de la casa, que son los sentidos, porque los que mas ligeramente padecen son ojos y oídos, torna agora á ellos, y dice que se oscurecerán los que miran por los agujeros, que son los ojos, y se ensordecerán las hijas de la música, que son las orejas: ambas cosas proceden de la sequedad del cerebro y de flaqueza de virtud, y de amontonarse humores gruesos en los ojos y oídos, y falta de espíritus vitales. (Y cerrarse han las puertas en la plaza por la flaqueza de la voz de la que muele); la plaza llama aquí el rostro del hombre, porque allí están juntos los sentidos, y allí es el trato de todas las cosas que entran y salen al alma, porque por los sentidos entran y á la cara salen el temor, ira, tristeza, alegría y los demás afectos, de donde dijo el poeta: ¡Oh cuán dificultoso es no descubrir el crimen en el rostro! etc.; y Salomon: El corazon contento alegra el rostro; y el *Eclesiástico*: El corazon del hombre muda el rostro ó á bien ó á mal. Porque, aunque el alma está toda en todo el cuerpo y toda en cada parte dél, mucho mas principalmente está en el rostro, y por eso se tiene por afrenta grande, y se siente mas la herida en él que en cualquiera otra parte, que parece que se dió la herida ó bofetada en el alma; y por esto, ó todos los miembros del cuerpo, olvidados de su propio daño, acuden á defender el rostro naturalmente sin que el hombre lo consulte. La voz en los viejos es muy flaca por falta de virtud para mover el pecho, y lo mesmo en los enfermos, por la mesma razon, y por eso dijo el Centurion cuando espiró Cristo: Este era Hijo de Dios verdaderamente, etc.; porque estando Cristo tan atormentado y tan cerca de morir, no era posible, si no era mas que hombre, dar tan gran voz espirando, viendo que con tan gran voz habia espirado, etc. Fuera desta razon, es flaca la voz del viejo por falta de los dientes, donde hiriendo la voz, cobra mas fuerza; y para remediar este daño procura cuando habla de meter los labios á suplir la falta de los dientes en su lugar, y esto es cerrarse las puertas de la plaza por la poca fuerza de la voz, porque los labios son las puertas desta plaza. (Y levantarse han á la voz del ave); esto es, el poco sueño que los viejos tienen, así por la sequedad del cerebro, como muchas veces por graves dolores, así de otras partes, como de la orina y otros excrementos; de aquí es que algunas veces no

duermen toda la noche, y se levantan al canto del gallo, y aun otras veces muchas de noche, y madrugan antes del día, á lo menos con él; porque esta edad trae consigo acostarse temprano y levantarse temprano, porque el día y sus negocios les cansa, y la noche y sus vuelcos y dolores mas. Y así, toda la vida les es enfadosa. (Lo mas alto temerá el camino); esto es, que el alma andará con espantos viéndose cerca de caminar, esto es, de la muerte. (Florece el almendro); estas son las canas de cabeza y barba. (Y engrosarse ha la langosta); que es, endurecerse el cuero como corteza ó como costra de langosta de la mar, lo cual procede de la sequedad. (Y desbaratarse ha el alcaparra, porque irá el hombre á la casa de la eternidad), ó á su casa eterna. (Y rodearánle quien le llore); esta cláusula tienen por difícil los expositores, pero todos convienen que es la muerte, porque unos lo echan á enfermedades secretas y que los que lloran son los ojos, que cuando le lloran al viejo es de la flaqueza, y por eso en los muy enfermos es cierta señal de muerte cuando las lágrimas salen sin licencia ni ocasion. Otros, que el desbaratarse el alcaparra ó su mata es abrir la sepultura; porque los naturales dicen que es amiga de nacer en los sepulcros, por ver que nace en los campos, donde antiguamente, así judíos como gentiles, solían enterrar sus muertos, y aun Aristóteles pregunta por qué el alcaparra nace en lugares incultos y huye de los labrados, buscando por la mayor parte los sepulcros. Y así da la razón el Sabio de lo que ha dicho: (Porque es tiempo de partir á la casa propia, que eternamente ha de durar). Luego vuelve á las miserias de la vejez, y dice: (Antes que se rompa el cordoncillo de plata, y se encoja la venda de oro); el cordoncillo de plata es el meollo del espinazo, redondo y blanco, de donde nacen muchos nervillos, que traban todo el cuerpo; y rotos estos, es la perlesía en casa; y porque los viejos por la sequedad y por redundancia de humores gruesos padecen en los nervios, por eso es ordinaria en ellos la perlesía. La venda de oro es una tela en que el cerebro se envuelve á manera de venda, y llámase de oro, no por el color, sino por el precio; porque, segun los mas nobles y principales médicos, mas parte tiene en la virtud de los sentidos que el mismo cerebro, con el cual está tan pegada, que enjuto el cerebro, se arruga ella y se encoge, y apartándose del cráneo, luego se seca y se hace el hombre calvo. Así, que lo que dice es: Antes que vengas á tener perlesía y te vengas á hacer calvo y flaco de sentidos. (Antes que se disminuya la tinajuela ó cántaro sobre la fuente, ó se quiebre la rueda sobre la cisterna); esto pertenece á los males de urina, que no hay necesidad de averiguar en particular y por menudo, solo basta saber que son enfermedades que duran pocos días los que las tienen, unos mas y otros menos; pero segun los médicos, pocos llegan al catorceno. Y así, añade: (Y se vuelva el polvo á su tierra, de donde salió, y el espíritu á Dios, que le dió); que hasta entonces duran estos males. Esto es lo que dice el Sabio para entender parte de los trabajos de la vejez, que todo junto en buen romance quiere decir: Acuérdate de tu Criador en los días de tu juventud, cuando tienes salud y fuerzas, antes que venga el tiempo de la aflicción y

se acerquen los años de quien digas que no querrias vivir; antes que se te acorte la vista de día y de noche, y te fatiguen crudezas, reumas y corrimientos; cuando se alteren y enflaquezcan los sentidos y anden temblando las piernas y rodillas, y tengas pocas muelas y sin provecho, y los ojos se escurezcan; antes que se cierren las puertas de la boca á suplir la falta que los dientes harán á la voz, que por eso saldrá flaca, y te hayas de levantar al alba, y andes sordo de los oídos; antes que te vengan los temores de la vecina muerte, y te salgan canas y se te endurezcan los cueros, y al fin te abran la sepultura y te lloren los vecinos, deudos y amigos; antes que se te rompan los nervios y quedes con perlesía y se arrugue la tela del cerebro, y antes que te vengan aquellos incurables males de urina, y por este camino te resuelvas en polvo, de do fuiste formado, y tu alma vuelva á poder de quien te la dió.

No son solos estos los males de la vejez, si se cuentan otros mil que saben los que los experimentan, especial el no tener remedio dellos sino con sola la muerte. El despedirles el mundo, todos parece que hacen mofa del viejo. No le admite el mundo á consejo ni conversacion, mayormente es del todo desechado y estimado en poco cuando no responden las canas con las obras. Pues el dolor de ver el mundo perdido; porque, como él va de mal en peor, no hay viejo que desde su mocedad no sienta la diferencia, especialmente en comunidades donde se ha criado, que es uno de los mayores tormentos que puede sentir; que como dice el *Eclesiastes*, el que mas sabe del mundo, etc. Y aun Ciceron con la experiencia alcanzó esta sentencia. Finalmente, dice en el mismo lugar Ciceron: ¿Qué cosa es ver un viejo temblando, podrido, acorvado, sino un muerto vivo y un vivo muriendo? Pues miradas unas y otras cosas, y el poco remedio que hay en ninguna dellas, y que todas ó las mas se hallan en cualquiera de los viejos, con razón gastamos un discurso en su consuelo, y nos alargamos mas en él que en otros por ser mas general trabajo y de mayor necesidad.

§. II.

De los consuelos de la vejez.

Miserable cosa es la inestabilidad de los deseos del hombre, que todo su deseo es llegar á la vejez, sus temores no llegar, y sus desconsuelos y lágrimas en llegar: monstruo increíble si no fuera tan comun; todos quieren ser viejos y nadie lo quiere ser; antes el serlo lo tienen por miseria y el decirselo por injuria, como si fuese deshonor el haber vivido, y nadie se escapa desto. De aquí los dientes postizos, la barba teñida y afeitada como mozos, los trajes livianos para aquella edad. Un viejo á un amigo que después de muchos días le dijo: Viejo estás, y téngeos lástima, que quisiera veros como os vi la última vez; respondió: ¿Tan poco loco os parezco, que me querais desear mas locura? Rúegoos que no me hayais compasión porque soy viejo, habémela porque fui mozo. La majestad desta sentencia no la puede entender sino el que de ambas edades tiene experiencia. Mas vale á un bueno y discreto un día destes que tú lloras que tienes, que un año del que alabas, pues que el refran dice: No es el mal haber en-

vejecido, sino solo haber vivido. Así como Dios puso consuelo en el mundo para todos los males, así ordenó muchos para los muchos y mayores. Y á esta cuenta tiene el mal de la vejez muchos, aunque no parece que tenia necesidad de ninguno lo que tan de veras en toda la vida se desea, como ella, y tanto nos curamos de las enfermedades y nos guardamos de la muerte por llegar á ella. En eso se ve para qué queriamos que llegase la vejez, y cuán mal empleada ha sido la vida pasada, pues se te ha hecho tan breve. Si dices que ha venido mas presto de lo que pensaste, bien parece que la pasabas en contentos, pues se te hizo breve, y en pecados, como á los del infierno; que si en trabajos y penitencia la pasaras, larga se te hubiera hecho, como á los que dice la Escritura hablando de en cuánto trabajo se verán con el castigo de Dios los que no guardaren su ley. Dice que comenzando el día desearán ver la noche, y comenzando la noche desearán ver el día, para ver si con esta mudanza la habrá de su trabajo, el cual les alarga los días y las noches. Lo mismo dice Job, que esta vida es una pelea y continua lucha, y que andamos en ella contando las horas, deseando que se acabe, no menos que el esclavo, trabajando y caminando, desea llegar á la noche, y lo mismo el jornalero desea la tarde para descansar. Así dice Job que tuvo él las noches y días trabajosísimos, de suerte que cuando iba á dormir se acostaba con este hipo, ¿cuándo me levantaré? Y cuando se levantaba tornaba á desear la noche, lleno de trabajos y dolores hasta que anohecia. Pero al que le parece que la vejez ha venido presto, no ha vivido con mucho trabajo, y por eso bien le viene el tiempo dellos, que es la vejez; porque si fuiste y eres bueno, presto lo gozarás; y si malo, tiempo es de emendar la vida y hacer penitencia. ¿De qué te quejas? Cuando vivias ó pensabas vivir hácia atrás ó quedar siempre en la edad de veinte y cinco años, ahí se ve cuánto amor tienes siempre á los deleites de la mocedad. Buenos deleites son los del alma, que no se acaban sino con ella, y ella no se acaba, y siempre la acompañan. Los del cuerpo cuando vienen traen pecado, cuando se van dejan lágrimas y vergüenza: los primeros goza la vejez. Ni tiene canas el alma ni rugas, compon su rostro. Con las rugas y canas, pocos dientes y fealdad, ahorrarás de vanidad, de espejo y del deseo de ser visto de mujeres, y hallarás aquí mejor lo que debes desear, y pondrás los pensamientos donde los has de poner. Si te parece que pasaron los mejores días, todos son buenos para lo que fueron criados, y los mejores son estos, y los demás malos para tí; solo tienen de bueno haberse pasado. Así que, si te parece que vino apriesa lo que deseabas, que era la vejez, no vino sino despacio, sino que á los desapercibidos y desacordados todas las cosas vienen repentinas; y al contrario, si habias de llorar la vejez, tarde comenzaste; desde luego pudieras, pues venias por el camino della; y si entonces la pensaras, no la sintieras agora. ¿Fáltante las fuerzas? Si son las del cuerpo no me espanto, pero las del ánima no faltarán, antes serán mayores; que el bienaventurado san Pablo dice que aunque el hombre exterior se corrompa, pero el interior se renueva. Así que, estas no faltan, que son para obras de viejo, sino es que quie-

res las de mozo, y es fealdad. Como la de un viejo romano, que mandado del Príncipe que no trabajase, por ser viejo y rico, sintiólo tanto, que se tuvo por muerto y que su casa le tuviese por tal: tanto le dolía no trabajar. Como la vejez sea el descanso de los trabajos y la quietud y el ejemplo della, y parezcan mal los viejos inquietos y bulliciosos.

Y cuando no hubiera otro bien sino ser la vejez coreo de Dios, con quien te avisa que la muerte está cerca, se habia de abrazar con gran contento. ¿Cuánto deseamos saber, poco mas ó menos, el tiempo de nuestro fin? Cuánto agradecemos á Dios las señales del juicio que vengan amonestando, aunque tan terribles? Pues no hay cosa que con tanta certeza nos avise de la muerte como la vejez; porque, demás de los muchos ministros que trae consigo y el estrago que viene haciendo, no se partirá ella de nosotros hasta que nos ponga con la muerte que anuncia. Y así como un día de gran fiesta el sacristan de una iglesia la adereza y atavia cuanto puede, que cuando viene la misa y visperas es gloria entrar en ella, y á puesta de sol la descompone y desatavia, y es señal que se acabó la fiesta; así el tiempo cuando somos niños nos atavia para pasar la fiesta desta vida, poniéndonos dientes y muelas, sin las cuales nacimos, disposicion del cuerpo, fuerzas, barba, color y otras cosas; y al cabo á la vejez lo torna todo á quitar, porque entendamos que se acabó ya la fiesta desta vida; pues sabiendo que ella se ha de acabar, ¿qué mejor nueva que irnos avisando poco á poco para que aderecemos el camino? Qué mas pudo nadie desear? Ya conozco yo alguno que desde mozo se lo rogó muy de veras á nuestro Señor que le dejase llegar á la vejez, y no lo hacia tanto por vivir cuanto por lo que ella trae de provechos; que ya decia él á Dios que por dar á entender bien su deseo, que le pasase de treinta á sesenta años, sin pasar por los de en medio; esto es, que le pudiese luego en aquella flaqueza y enfermedad y trabajos que suelen tener los viejos, y canas y lo demás, y en la vecindad de la muerte; porque en esto ganaba no tener ya ocasion de dilatar la penitencia, ganaba los desengaños desta vida, que hasta entonces no quieren venir de asiento, ganaba el buen conocimiento y sciencia que se alcanza con la experiencia; porque, aunque el refran dice que libros, caminos y días hacen al hombre sabio, pero mas los días que lo demás, porque estos enseñan por experiencia, que es madre de todas las sciencias; como el Sabio aborrece el viejo imprudente, por la ocasion que tiene de ser sabio. Ganaba la mortificación de las pasiones y el fin de los cuidados dél. ¿Qué ha de ser de mí? No saber tan mal la muerte, y antes el deseo della, de puro cansancio de la vida. Y no sola esta persona, sino David lo rogaba á Dios en un lugar: No me llames, Señor, en medio de mis días. Pues si ella es mensajera de la muerte de parte de Dios, y que trae consigo tantos ministros y ejecutores della, y nos deja el ánimo fuerte y desembarazado para aparejar el camino, ¿qué mal nos hace esta edad? Y ¿por qué tendríamos con ella desconsuelo y no nos holgaríamos con ella? antes la abracemos con alegría, mayormente que de fuerza ó de grado nos ha de acompañar hasta morir.

Y pues tantas razones hay de consuelo, y mas las que corresponden á los buenos pensamientos y deseos, enviados á los viejos, ¿qué razon hay de vivir desconsolados, sino tratar con alegría de aparejar su camino, recorrer la vida pasada, como es oficio de los mismos viejos, cuando viene la noche tomar una vela y recorrer todos los rincones de su casa, no se le haya quedado algun ladrón que le robe al tiempo del dormir? Mira no se te quede algo por hacer en tu conciencia, que con la larga vida tiene muchos rincones, y ha andado en ella mucha gente y ruido de negocios. Esto puede mejor un viejo hacer, pues todos son ya acabados; que esta es la razon que Eusebio Emiseno da de por qué el pensamiento de la muerte es mas profundo en los que se mueren que mientras viven, y dice que al triste pensamiento de la muerte en salud no le han dado puerta para negociar despacio sus negocios con nuestro corazón, porque los negocios del mundo eran tantos y tan favorecidos, que se le impedían; pero que al tiempo de la muerte, como ellos van despedidos como impertinentes, para lo que allí es necesario (de do viene que el enfermo no admite negociantes ni deudores ni pleiteantes en aquella hora, aunque le sean de interese y importancia; todos los impide el de la muerte), así entonces este pensamiento se apodera á su contento de todos los rincones del alma, y negocia como quiere. Pues por esta mesma razon digo que el viejo tiene mas lugar, porque los pensamientos y negocios de corte, hacienda, pretensiones han dado ya lugar; y así, con facilidad puede y con espacio tratar de su partida. No sé yo lo que otros sienten; podrá ser que les haga yo ventaja en que he leído mejores autores y libros que ellos leerán en este; pero de solo haber tratado y estudiado y escrito este discurso quedo tan consolado y alegre con mi edad, cual deseo que todos lo queden, después de leído, con la suya. En conclusion, estos consuelos son bastantes para el bueno, que el que se está verde y mozo de pensamientos, sin tenelle de salvarse, busque consuelo do pudiere, que aquí no sabemos dársele; que el consuelo se hizo para el que no puede remediarse; pero hay algunos que no quieren consuelo, sino remedio para no morir. Séneca dice: El codicioso de ponzoña, hasta las heces se la sorbe. Así es el codicioso de vivir, el cual ni aun en la última vejez quiere morir.

DISCURSO IX.

De los consuelos para los tristes, por su salvacion, por ser en el Evangelio pocos los que se salvan.

Muchas personas hay que por la duda que tienen de su salvacion viven tristes y desconsolados, y á la verdad es buena señal vivir con este cuidado y darles pena, porque es señal del buen deseo de su alma; son estos en dos maneras: á unos les nace de la duda de su predestinacion, diciendo que no saben si están en el número de los escogidos de Dios, y que saben cuán grande y cuán cierto mal es no ser del número dellos; y destes trataremos en el discurso que se sigue, aunque la materia dél y la deste, con ser muy diferentes, son algo parecidas; y así, se podrán ayudar una á otra con sus razones; otros tienen este pensamiento por haber oido

decir cuán encarecidamente en toda la sagrada Escritura, especialmente en el Evangelio, se dice cuán poquitos son los que se han de salvar; y de ahí vienen á temer que no deben de ser dellos; y á la verdad, considerado cuántas veces y con cuánta ponderacion se dice en la sagrada Escritura: No habrá hombre tan justo que no le tiemble la contera, mayormente que es negocio tan importante como caer á la parte de ser bienaventurado, como Dios, ó ser el mas miserable de todas las criaturas. Preguntado un dia el Señor de sus discípulos si son pocos ó muchos los que se salvan, no les dijo ni sí ni no, sino: Procurad de entrar por la puerta angosta, porque os digo que es muy estrecho el camino que lleva á la vida, y pocos atinan con él, y ancho y espacioso el del infierno, y muchos van por él, y como el que sabia, sin errar solo uno, cuántos son los que se salvan, viendo que van tan poquitos, con un suspiro, mirando al cielo, dijo: ¡Oh cuán ancho y espacioso es el camino de la perdicion! Y aunque el Señor no lo quiso decir mas claro, harto lo dice el Espíritu Santo en muchas partes; porque, como cosa tan importante, en todos tiempos y lugares quiso que se predicase y supiese; porque, si con saberse esta verdad somos tan negligentes, ¿qué fuera si pensarán los hombres salvarse todos ó condenarse pocos? El bienaventurado san Crisóstomo, predicando un dia á los de Antioquia, dijo una palabra muy espantosa: ¿Cuántos pensáis que se salvan en esta ciudad tan populosa? Triste cosa es la que voy á decir, pero diréla: No puedo hallar en tantos millares, cien personas que se salven, y aun de esos tengo duda. Cierta es gran ponderacion, en una ciudad tan grande y teniendo tal prelado y tal doctrina; pero mas lo pondera el apóstol san Pablo cuando dice que lo que antiguamente pasó en el pueblo de Dios era figura de lo de agora, y que no todos entraron en la tierra de promision, aunque iban guiados de Dios; y era figura de los cristianos de agora, que en comparacion de los que se condenan, son dos en comparacion de seiscientos mil, no contando mujeres ni niños. Y no sé si es mas ponderacion la del diluvio, que san Pedro dice que fué figura de los que se han de salvar; y allí fueron solos ocho de todo el mundo; con lo cual concuerda lo de Esaias: Esto habrá en medio de la tierra (hablando del dia del juicio): como el rebusco de los olivares ó viñas acabada la cosecha, así quedarán los escogidos. Cosa es que todos entendemos, viñas hemos visto y olivares; sal tú á pasearte después de la cosecha, y apenas verás una aceituna ni un grumito de uvas, sino cuál ó cuál que la mano codiciosa del vendimiador no vió ó no pudo alcanzar; de esa manera dice que serán los que se han de salvar, y todo lo demás á cargas llenas irá al infierno. En la piscina uno solo sanaba. San Pablo dice que entre los que corren uno solo lleva la joya, para significar cuán pocos salen con ella; y aunque tambien dice el Evangelio que en las bodas uno solo fué echado y condenado á las tinieblas, por no tener allí vestidura de boda, esto no se dijo sino porque en aquel estaban cifrados todos los malos; porque para el mal todos se hacen á una, y al revés, al bien no hay quien los junte, cada uno va por su parte á diferentes contentos y intereses; lo cual ha-

cen al contrario los buenos, que para el bien son á una y al mal no los hallan. Así que, en aquel uno está encerrada la multitud, que acá se dice, de los condenados. Pues cuando en Ezequiel mandó Dios que un ángel señalase con el Tau á los que no habían de ser muertos, con ser seis ángeles los que apriesa hacían la matanza, y uno el que señalaba, tenían ellos mas que hacer que él solo, en que se significaba lo propio. Pues no ha quedado por revelaciones, porque el dia que san Bernardo murió, segun se dice, fué revelado á un monje que habían muerto treinta mil personas, y que solo san Bernardo y el que lo revelaba habían quedado salvos. Y á otro obispo de Paris apareció un maestro, y dejadas otras cosas aparte, le dijo que estaba por sus pecados en el infierno; y preguntó al obispo si se había acabado el mundo, y el obispo dijo que por qué lo preguntaba, y él respondió que era tan innumerabl gente la que aquellos pocos dias había bajado al infierno, que le parecía imposible quedar nadie ya sobre la tierra. Pero en buena razon cabe lo que decimos, porque claro se ve que los que conocemos al Salvador, en comparacion de los que no le creen ni conocen, somos poquitos en este rincón, comparados con todo lo poblado de Africa y Asia y lo de Europa y los indios que están por descubrir, que es casi todo el mundo, y ninguno dellos se salva, pues no hay nombre debajo del cielo que tenga virtud de salvarnos sino el de Jesucristo nuestro Señor, que solo es predicado y conocido en la Iglesia, fuera de la cual no hay salvarse nadie, como antiguamente fuera de la arca de Noé; pues de los cristianos, que son los que hallaron y atinaron con el camino, ¿cuántos son los que le andan hasta el fin? Unos le hallan y se quedan con solo hallarle, otros desmayan ó emperzean después de comenzado; al fin, pocos llegan al fin dél, pues el Señor dice que aun los que le hallan son muy pocos.

Pues aclaremos mas esto. Ya se sabe que este negocio ni ha de ir por favor ni por ruegos ni dineros, sino por la ley de Dios; el que la guardare, quien quiera que sea, será salvo; y el que no, séase quien quisiere, se condenará. San Pablo dice que los que sin ley pecaron serán juzgados sin ley, que son los moros y gentiles; y los que pecaron dentro en la ley por ella serán juzgados. Y el símbolo de Atanasio dice, y se concluye con esto: Los que hicieron buenas obras irán á la vida eterna, y los que malas al fuégo eterno; y sin esto, la fe ni el bautismo no les aprovechará sin las obras, siendo capaces de hacellas. Pues veamos agora cómo se guarda la ley de Dios en el mundo, qué groseros y cuán salvajes hay algunos hombres en algunos lugares pequeños, qué disolucion en las ciudades, qué desconcierto en todos estados, cuán viva y cruel la ambicion y la avaricia, qué desvergüenza en la sensualidad, qué poca verdad, qué agraviados los pobres, qué lisonjeados los ricos y qué disimulados sus pecados; qué poca caridad y menos restitution de honra y fama, de robos y de coechos; qué poca penitencia y enmienda de vida; ¿quién hay que haga escrupulo de llamar necio á su prójimo? Pues ¿de eso hacéis cuenta? Pues Cristo la hace tanto, que para el dia della será condenado al fuégo eterno. ¿Cuántos hay tan limpios que si quiera no miren mal á una mujer

casada, ya que no se atreven á más por la honra ó por la justicia? Pues eso, dice el Evangelio, ¿qué es sino interior adulterio, que se ha de castigar con infierno? ¿Cuántos hay que no juren mil juramentos sin vergüenza ni advertencia aunque se lo avisen? Pues esto tambien es camino de infierno. ¿Cuántos se pasan sin envidia de su prójimo, sin avaricia y codicia desordenada? Cuántos perdonan injurias y vencen con la facilidad debida el furor contra quien les agravió? Pues si estos males son argumento de pocos salvos, ¿qué será los mayores que estos, que tanto se usan en el mundo? Que solo podría tener por excusa ser tan comunes como dañosos; lo cual no excusa á nadie, pues no le mandaron ir al hilo de la gente en las costumbres, antes el Sabio manda apartarse della: No peques en la multitud y canalla de la ciudad; como quien dice: No te atrevas á pecar por ver que pecan muchos. Así que, bien mirado, apenas hay quien guarde la ley de Dios en todos los estados; de lo cual se espanta Jeremías, diciendo: Andad por todas las calles de Jerusalem y mirad con atencion, y buscad un hombre que haga el deber y guarde lealtad, etc.; cuanto mas en el tiempo de agora, que creciendo las mercedes de Dios, ha crecido la desvergüenza. Por eso llama la Escritura á los que se salvan piedras preciosas, que en respeto de los peñascos y otras piedras son muy pocas y raras, y por eso preciosas.

Pues si así es, no me espanto de quien dijo que, considerado esto y cuán pocos se han de salvar, que le fuera mejor al hombre no haber nacido que vivir á tanto peligro, pues á esta cuenta saca que aun de los cristianos apenas se salvará uno de mil; al cual, entre otras cosas le movió un lugar de Esdras, que parece que dice lo mismo con despecho. Dice allí: Después de haber echado de ver los pocos que se salva, y dicen: Esta es mi razon primera y postrera, que si esto habia de ser, mejor fuera no haber dado á Adán la tierra, ó ya que se la dió, hacelle que no pecara; porque ¿qué aprovecha á los hombres vivir en tristeza, y muertos, esperar el castigo? ¡Oh Adán! y ¿qué has hecho porque tu condenacion no fué solo tuya, sino de todos nosotros, que de tí nacimos? Qué nos aprovecha habérsenos prometido vida inmortal, si nosotros hacemos obras de muerte? Y ¿qué sirve habérsenos dado perpetua esperanza, si nosotros nos hemos tornado malos y vanos? Y ¿qué aprovecha tener aparejadas moradas de salud y seguridad, si nosotros las desmerecemos con malos tratos; haber la gloria de Dios amparado á los que, aunque tarde, entran por su camino si nosotros andamos por el de los vicios; y haber descubierto el Paraíso, cuyo fruto es sin corrupcion y con seguridad y medicina, si nosotros no queremos entrar, sino por andar por trabajosos caminos? Y ¿qué aprovecha haber de resplandecer mas que las estrellas los rostros de los que siguieron la abstinencia, si los nuestros quedarán negros mas que la noche? Así que, los que profundamente vienen á considerar este negocio, les parece que fuera mejor no haber nacido, pues lo dijo el Redentor de uno que se condenó. Pues á esta cuenta, menos me espanto de los que, aunque no lleguen ó aporten á tan desesperado y melancólico pensamiento, á lo menos andan melancólicos con